

LA “FRATERNIDAD SACERDOTAL DE AMIGOS DE JESUS“, DEL CARDENAL MERCIER (1926-1951)

I N T R O D U C C I O N

Entre las grandes figuras de la historia eclesiástica moderna ocupa un lugar de privilegio el gran Cardenal MERCIER. Alma nobilísima y de elevadas miras, se distinguió siempre por su decidida entrega a las grandes obras que habían de servir para gloria de Dios y de su Iglesia. Conocida es su brillantísima actuación renovadora en los albores de la Neoescolástica; fué destacada su intervención en pro de la unión de las iglesias por medio de las conversaciones de Malinas; la defensa intrépida que del pueblo belga hizo frente al invasor alemán ganó al Cardenal la admiración y el afecto de su nación, y a la Iglesia el prestigio de tan noble príncipe.

Estas grandes empresas no desviaron su atención de la carga pastoral objeto primordial del celo de un Pastor en sus funciones de magisterio, ministerio y régimen. La huella que en la espiritualidad moderna ha dejado es hondísima. Por aquel tiempo, el Pontífice de la vida interior que hoy admiramos bajo el nombre de Beato Pío X había expresado claramente su convicción de que en orden a una íntegra realización de su lema “*instaurare omnia in Christo*”, la raíz estaba en la santidad sacerdotal. “Estamos persuadidos de que aquí (en la santidad sacerdotal) sobre todo es donde hay que esperar el buen estado y progreso de la religión.” La razón se dejaba fácilmente adivinar: “No es tal la condición del sacerdote que pueda ser bueno o malo sólo para sí, pues su vida y costumbres influyen poderosamente en el pueblo (1).”

El Cardenal, con no menor penetración, había llegado a la idea de que el espíritu sacerdotal era el índice del espíritu de un pueblo; por eso dedicaba a los sacerdotes sus mejores afanes.

(1) Exhortación pastoral “*Haerent animo*”.